



Felipe Santos, SDB

"El que Dios envió habla las Palabras de Dios porque no da el Espíritu con medida" (Jn 3,34)

Jesús se da a lo grande, por eso su presencia conmueve el mundo y hace brotar en todo desierto la esperanza. Su derroche de gracia hace posible una alternativa para el mundo. Abre tus manos y tu corazón y acoge el regalo del Espíritu. Él te

enseñará los lenguajes de Dios: la sonrisa, el agradecimiento, la ternura, la compasión.

*Ven, Espíritu, derroche de amor. Vivifica y alienta toda semilla de vida que está sembrada en el mundo.*

El evangelio de Juan siempre usa palabras que se oponen. Toca un extremo y luego el otro: luz y tinieblas; verdad y mentira; cosas de la tierra y cosas del cielo. No quiere decir que hay dos realidades una espiritual y la otra material; una del cuerpo y otra del espíritu, sino que en esta única historia estas realidades opuestas están presentes y en conflicto. Como decía un viejo cacique hablando con sus nietos: “Hay dentro nuestro dos lobos que luchan. Uno quiere el bien y el otro quiere el mal”. Uno de los nietos preguntó : “¿Cuál ganará abuelo?”. Y el viejo contestó: “El que tú alimentes”. A nosotros y nosotras nos toca optar por una de esas realidades.

A partir del momento en que el Padre puso todas las cosas en las manos de Jesús sólo hay delante nuestro la vida. De parte de Dios sólo hay un sí a la vida. Solamente quien se niega a creer en tanto amor y generosidad de parte de Dios se queda sin la vida. Claro que creer en tanta generosidad

significa convertirse y cambiar de vida. Salir de las tinieblas y venir a la luz.